

La sombra del gato

y otros relatos de terror

Concha López Narváez

Ilustraciones de Araceli Sanz



Los protagonistas de los relatos que contiene esta obra dejan escapar el mal, cuando, posiblemente, hubieran podido controlarlo. ¡Pero, ahora, todo ese mal crece... y se va transformando en terror! Con esta obra, Concha López Narváez consigue que al lector se le corte la respiración.

Con agradecimiento a Felicidad Orquín,
que me abrió los caminos de la literatura
y siempre me ayudó a caminar por ellos.

La sombra del gato

Capítulo I

Los desesperados maullidos podían oírse en toda la casa. La señora Coussac se apresuró a descender las escaleras, y cuando entró en el sótano, encontró a Marguerite apoyada en la pared, intensamente pálida.

La anciana criada le señaló a la gata, que se retorció de dolor; a su lado tres cachorros, pequeños e indefensos como todos los recién nacidos, buscaban inútilmente la protección de su madre.

—Parece que algo se le ha roto dentro. Me está destrozando los nervios verla padecer de ese modo —dijo.

—¿No puedes hacer nada para ayudarla?

—¿Cómo? No consigo acercarme a ella, ya ve usted de qué forma se revuelve; ni siquiera permite que la roce. Nunca había visto sufrir a un animal de esta manera.

La señora Coussac miró a la gata con un gesto de compasión e impotencia; aquellos terribles maullidos comenzaban también a destrozarle los nervios; pero cesaron de súbito, después de una tremenda convulsión, y el martirizado cuerpo quedó rígido e inmóvil.

La señora Coussac y Marguerite cruzaron una aliviada mirada de comprensión. Tras unos momentos de espera,

Marguerite se adelantó para comprobar si, como pensaba, había dejado de sufrir definitivamente. Un nuevo y estremecedor maullido, semejante a un grito humano, la hizo retroceder sobrecogida.

En ese momento la luna, roja y llena, asomó por el ventanuco y un haz de rayos fue a dar sobre la gata, que otra vez se retorció, presa de movimientos tan convulsos y desesperados que la señora Coussac se dio la vuelta para no contemplarlos.

Se disponía a marchar del sótano, pero una exclamación de Marguerite la detuvo.

Cuando volvió a mirar al animal, los terribles sufrimientos por fin habían cesado; sin embargo de su garganta escapaba un débil y continuo jadeo, y su cuerpo, aunque ya quieto, no daba sensación de reposo, sino que se encogía, extrañamente tenso.

A la señora Coussac le pareció que tenía los ojos atemorizados y estupefactos. Siguiendo su mirada, vio que en el suelo, pendiente del cordón umbilical, había un cachorro negro extremadamente grande.

Cuando, sorprendida, se acercó para observarlo, el recién nacido bufó con furia y alargó las zarpas. Pero esto, con ser insólito, no fue lo que la obligó a buscar el apoyo de la pared presa de una repentina sensación de desvanecimiento, sino la mirada malévola de los ojos color amarillo fuego, que se clavaban en los suyos.

—Marguerite, los ojos —susurró estremecida.

La anciana criada se aproximó para verlo que su señora le indicaba y retrocedió inmediatamente.

—¡Dios mío! Ha nacido con los ojos abiertos. Este gato parece hijo del Diablo —casi gritó.

—¿Quién parece hijo del Diablo? —preguntó, interesado y divertido, Armand de Coussac, que descendía las escaleras del sótano.

Pero no necesitó respuesta porque, al acercarse, advirtió enseguida la alteración de la gata y descubrió, admira-

do, al enorme cachorro.

—¡Por Júpiter, qué ejemplar! Nunca había visto un gato recién nacido de semejante tamaño —exclamó aproximándose.

Su admiración se convirtió en regocijo cuando el cachorro, desafiante, fijó en la suya la malévola mirada amarilla.

—¡Y ha nacido con los ojos abiertos! ¡Ojos de fuego! —añadió entusiasmado.

Mientras tanto el gato, sin dejar de mirarle, deseoso sin duda de verse libre de las ataduras que lo unían a su paralizada madre, se decidió a cortar por sí mismo el cordón umbilical.

—¡Parece imposible! —exclamó Armand, viendo cómo lo desgarraba con impaciente ferocidad.

La gata se alzó torpemente y retrocedió unos pasos. Sus ojos permanecían sorprendidos y asustados. Era evidente que temía al ser que acababa de echar al mundo.

—No lo van a creer en el club de caza, tendré que llevarlo conmigo —dijo Armand tratando de cogerlo.

—Mi pequeña fierecilla, necesitas ser domada. Quizás no seas un gato sino una furiosa pantera que se equivocó de madre —rio con creciente entusiasmo cuando el cachorro, haciéndole frente, alargó las uñas y otra vez bufó enfurecido.

La señora Croussac, que continuaba profundamente impresionada, dejó caer su mano sobre el brazo de su hijo.

—¡Sus ojos! —balbució de nuevo.

—Sí, es curioso que haya nacido con ellos abiertos. Y tienen un color y una mirada singular; Queman.

—No son ojos de animal.

—No te entiendo, madre.

—¿No te das cuenta, Armand? No son salvajes, sino malignos, inteligentemente malignos. Me asusta este cachorro.

Armand rio e hizo un gesto cariñoso y tranquilizador a su madre:

—A mí, sin embargo, me atrae. Es grande, y sabe defenderse. Me gustan los fuertes.

La señora Coussac movió la cabeza, expresando su disgusto y desacuerdo.

—Me da miedo este animal —repitió.

Mientras tanto el cachorro se había aproximado a la madre, que aún permanecía agazapada y perpleja; pero no se deslizó con torpeza sobre el vientre como hacen todos los felinos recién nacidos, sino que marchó ágil y seguro sobre las cuatro patas, y se apoderó enseguida de una de las mamas, aferrándose a ella con voracidad.

La gata se echó para alimentarlo; pero no había en su cuerpo esa relajada complacencia que suelen mostrar las hembras cuando amamantan a sus hijos.

Los otros tres cachorros, percibiendo el ansiado olor de la leche, se arrastraron a ciegas hasta la madre. Pero cuando alguno de ellos trataba de alcanzar una de las mamas, el cachorro negro se volvía enfurecido y lo rechazaba de un zarpazo.

La señora Coussac y Marguerite contemplaban la escena con asombrada repugnancia.

—Es perverso —murmuró con vehemencia la señora Coussac.

—Nunca he visto un gato parecido —susurró con voz apenas audible Marguerite.

—Verdaderamente es singular; pero los fuertes, de un modo u otro, avasallan a los débiles —dijo Armand.

—Pues no debiera ser así —protestó su madre.

—Es una de las leyes de la Naturaleza. Este gato ha nacido para imponer su voluntad. Que luchen los otros si no quieren permitirselo.

—Pero los otros son mucho más pequeños, y tienen los ojos cerrados. ¿Cómo van a defenderse? —protestó Marguerite.

Armand se encogió de hombros:

—Son cosas de la Naturaleza.

—¿Y por qué habrá nacido con los ojos abiertos? —preguntó la anciana sirvienta.

—Es extremadamente grande. Debe ser un caso de desarrollo precoz —aventuró Armand.

—Insisto en que su mirada es maligna, y además, ese inquietante color amarillo fuego... —murmuró, cada vez más alterada, la señora Coussac.

—Me gustan los ojos amarillos, y hay algunos gatos que tienen los ojos fieros.

—He dicho malignos, no fieros.

—Es casi lo mismo.

—De ninguna manera, Armand.

—En fin, madre, este gato me gusta. Únicamente es un animal diferente. No entiendo vuestra inquietud —exclamó Armand, y se dirigió a las escaleras, dando por terminada la conversación.

La señora Coussac y la anciana Marguerite lo siguieron con aire desasosegado.

Al día siguiente, muy de mañana, Marguerite se dirigió al sótano para llevar un cuenco de leche tibia a la gata. Se detuvo con aprensión ante la puerta cerrada, diciéndose que de ninguna forma deseaba volver a ver al extraño cachorro: «Dejaré la leche al pie de los escalones y subiré enseguida; no voy a mirar, ni siquiera un momento, sus horribles ojos amarillos».

Pero, cuando comenzó a descender los peldaños, oyó unos desesperados y débiles maullidos que la alteraron profundamente. No había duda de que algo les había sucedido a los tres cachorros pequeños.

Por curiosidad o por compasión, no estaba segura de sus sentimientos, se aproximó al lugar donde la gata yacía con sus hijos. Lo que vio estremeció su espíritu y su cuerpo y le hizo subir de inmediato las escaleras.

Con ojos desorbitados y pasos inseguros y rápidos entró en el comedor donde la señora Coussac y su hijo estaban comenzando el desayuno.

Ambos alzaron la mirada al mismo tiempo en una muda interrogación.

—Es terrible —susurró Marguerite con voz débil.

La señora Coussac palideció; pero no dio muestras de sorpresa, como si hubiera esperado que algo anormal ocurriera durante la noche.

—Ese gato, ¿verdad? —preguntó.

La sirvienta asintió aún sobrecogida, y cuando Armand y su madre abandonaron la mesa para dirigirse al sótano, no hizo el más pequeño ademán de acompañarlos.

Los estados de ánimo de la señora Coussac y de su hijo eran por completo diferentes. Ella sentía una angustiosa aprensión. Recordaba lo sucedido la noche anterior y pensaba que iban a encontrarse con algo insólito y sumamente desagradable. Él, en cambio, no experimentaba sino una excitada e intensa curiosidad.

En cuanto abrieron la puerta y oyeron los desesperados y débiles maullidos, la señora Coussac volvió a palidecer: aquellos pobres animales estaban sufriendo de manera terrible.

—Algún cachorro que se muere de hambre. Esa pequeña fiera negra seguirá manteniéndolos a raya con sus afiladas zarpas. Tendremos que alimentarlos de alguna forma —dijo Armand, descendiendo los escalones.

—Ojalá sea sólo eso —murmuró su madre, sintiendo que su aprensión aumentaba.

Armand se detuvo, tan bruscamente que la señora Coussac, que lo seguía de cerca, se vio obligada a extender los brazos para no caer sobre él.

Cuando también ella vio lo que su hijo estaba viendo, se tapó la boca para ahogar un grito y buscó apoyo en la mano que él le tendía.

De arriba abajo estaban abiertos los pequeños y agonizantes cuerpos, y aunque profundas y larguísimas heridas los desgarraban, madre e hijo advirtieron que no había sangre en ninguna de ellas.

Los ojos de los pobres animales no reflejaban dolor únicamente, sino también un espanto indescriptible, como lo reflejaban los ojos de la gata, que no podía o no se atrevía a acudir en socorro de sus hijos.

Pero no eran los tres cachorros moribundos y destrozados, ni el horror que había en sus miradas y en la de su madre, lo único que hacía que Armand se sobresaltara y que la señora Coussac temblara presa de intenso terror. Había algo más en aquella escena que contemplaban, algo insólito y antinatural: el gran cachorro negro, que seguía mamando desafortadamente, en una sola noche había doblado su tamaño.

Durante algún tiempo lo miraron en silencio, estupefactos.

—Es un caso sorprendente y fascinante —exclamó por fin Armand.

—Es repugnante y terrible —dijo su madre—. Tenemos que acabar enseguida con ese animal —añadió tras una corta vacilación.

Armand de Coussac fingió estar escandalizado:

—Pero ¿cómo puedes hablar de terminar con la vida de un animal precisamente tú; tú que te compadeces de las arañas que entran en casa en los días húmedos, y en vez de

aplastarlas con la escoba, las empujas educadamente para que vayan a tejer sus telas al jardín?

—Las arañas son pequeños seres beneficiosos e inofensivos, y este gato es un monstruo sanguinario, Armand —respondió excitada.

Armand trató de calmarla.

—Es un animal violento que se desarrolla de manera extraordinaria. Simplemente eso, madre.

—Pero es peligroso. Tenemos que destruirlo, lo más pronto posible. ¡Ahora con absoluta decisión!

—No seré yo quien lo destruye —dijo Armand con no menos firmeza.

—Entonces seré yo —y la señora Coussac alargó la mano con vehemencia para coger el gato.

La retiró inmediatamente con una exclamación de dolor, y corrió hacia las escaleras, restañando con un pañuelo la abundante sangre que manaba de la herida.

Durante todo el día le dolió la mano de forma extraña y excesiva. Era un dolor hondo y ardiente, semejante al de una quemadura. Pero había algo que la desasosegaba mucho más que el dolor, era el recuerdo de la enorme ira que contenían las pupilas de fuego cuando se volvieron, enfurecidas, hacia ella.

Pensando en los ojos amarillos, a la señora Coussac le venía a la mente la imagen de un pozo sin fondo del que constantemente fluyeran aguas envenenadas. «Eran un manantial de odio, aquellos ojos».

Aquella noche, durante la cena, Armand trató con escaso éxito, de iniciar una conversación cualquiera, de cosas fútiles, sin relación alguna con el cachorro negro. Pero su madre respondía escuetamente a sus preguntas, y Marguerite parecía estar en otro mundo. Al fin, rindiéndose a la evidencia de que ambas mujeres no tenían el más mínimo interés en conversar, dejó de intentarlo.

El silencio era hostil, como hostiles eran las miradas que una y otra le dedicaban de soslayo.

Terminada la cena, la señora Coussac se dirigió a su hijo con gesto adusto y voz fría y distante:

—Armand, me opongo en absoluto a que ese animal continúe con vida; pero si, a pesar de ello, decides que permanezca en esta casa, tienes que saber que Marguerite y yo no estamos dispuestas a mantener con él ni el más pequeño contacto. Encárgate tú solo de cuidarlo. También serás tú sólo el responsable de lo que ocurra en el futuro.

Armand asintió e inició una sonrisa que quería ser amigable; pero su madre, ignorándola, se retiró disgustada y altiva.

Capítulo II

A la mañana siguiente fue Armand quien se encargó de bajar leche tibia a la gata. Cuando descendió los últimos peldaños de la escalera, su corazón, que ya estaba agitado presintiendo emociones, inició una desenfrenada carrera: El cachorro había vuelto a doblar su tamaño. Parecía un animal de un mes, y no un recién nacido con apenas dos días.

Lo miró fascinado. Era cierto que había algo extraño y maligno en él; pero también lo era que estaba asistiendo a un fenómeno en extremo emocionante.

Se sentía orgulloso de ser el dueño de semejante ejemplar. Durante unos segundos recordó con cierta inquietud a los tres cachorros muertos; pero se dijo enseguida que un animal que crecía tan deprisa necesitaba mucho alimento. Matar a sus hermanos sólo era un instinto de supervivencia, ya que precisaba de toda la leche que su madre pudiera proporcionarle.

Definitivamente, en aquellos momentos no había nada que le interesara tanto como ver de qué modo crecía y se desarrollaba aquel ser único.

Armand de Croussac siempre había pensado que su vida era satisfactoria: poseía las tierras y el ganado suficientes para considerarse y ser considerado un hombre rico, y además amaba el lugar en el que había nacido. El departamento del Puy de Dôme, en el corazón de Auvernia, era un región hermosa: extensísimas praderas derramándose a los pies de montes verdiazules, heridas a veces por profundas y agudas quebradas que cobijaban secretos de valles profundísimos; amables sombras de álamos, castaños, tilos, ol-

mos, sauces... calmados atardeceres violetas; suaves y silenciosas amanecidas que daban paso a días tranquilos, a horas que siempre se abrían con voces de vacas y de ovejas, con cantos de mirlos y vuelos de milanos blancos, y algo más allá, de camino a los montes, con presentimientos de corzos, jabalíes o martas.

A Armand de Croussac le gustaba su región y su modo de vida. Únicamente había echado en falta ciertas dosis de emociones, porque en la Auvernia una jornada era igual a la anterior y a la siguiente, y nada sucedía que no fuera lo previsto, excepto las repentinas alteraciones atmosféricas. Pero ahora también las emociones habían hecho acto de presencia; las tenía allí mismo, en su propia casa, y de ningún modo estaba dispuesto a renunciar a ellas.

Durante todo el día anduvo excitado. Varias veces bajó al sótano. El cachorro mamaba, ávida pero tranquilamente, y su tamaño no había experimentado ningún cambio visible.

Aquella noche durmió inquieto. Tuvo sueños extraños y perturbadores, y cuando despertó, sentía el pecho oprimido y el corazón acelerado, como si hubiera corrido o algo le hubiera asustado. Trató de recordar sin conseguirlo; pero tenía la convicción de que en sus sueños había ojos malignos de intensas miradas amarillas.

